

quilla de D. Juan; dígale vd. al niño Corrientes, que si me quiere cambiar esta pistolita por una muñeca, le daré una que tengo sin cabeza, y unas planchitas de ribetè, para que no se las quiten. — Yo te avisaré lo que responda, chiquilla, pierde cuidado. — Pues, señores, concluyamos este drama, dijo D. Juan, tanto el señor cura como yo, le damos las gracias por el feliz desempeño de su comisión, nuestra venganza ha sido completa, y Diego Corrientes se ha lucido. — Ese ha sacado la mejor parte, respondió D. Manuel, ya vds. lo han visto, hay días fatales y por algún tiempo lamentará su derrota el Calabrés.

— Quiere decir, replicó Garduño, que por fin se confirma su fiasco, ¿ha sido de veras derrotado? ¿han espantado las gallinas al coyote? — Sí, señor, le han festejado de lo lindo, se confiesa vencido, y es la verdad, dijo D. Manuel muy abochornado. — Pues, señor D. Juan, ha perdido vd. sin remisión, y yo debo cumplir lo estipulado. Camila, forma tu gente y concluyamos, voy á repartirles su debido premio.

— A formar, á formar, gritó Camila poniéndose á la cabeza. Garduño les dió á cada una sus dos pesos, y seis á la comandante diciéndole: — Denle al señor D. Manuel las gracias, porque de su bolsa ha salido este dinero. — Muchas gracias, D. Manuelito, dijo Camila, y todas lo atarantaban repitiendo lo mismo. Luego prosiguió Garduño: — También denle los agradecimientos al señor D. Juan que interpuso su valimiento y amistad porque D. Manuel fuera complacido. — Gracias, D. Juancho, dijo Camila. — Gracias, papacito. — Muchas gracias, señor D. Juan, y también lo aturdieron á gracias.

— ¿Sabe vd., señor Garduño, que no comprendo esto? dijo D. Juan. — Voy á terminar mi comisión, pero antes deseo saber si aprobará lo que pienso hacer. — Apruebo cuanto disponga, pero aclaremos este enigma. — Señor cura, tenga vd. este reloj por el que le darán veinte pesos para que los dé de limosna á los infelices que estén más necesitados. — Gracias, señor Garduño, ¿y á quién agradecerán esta caridad? — Al señor D. Manuel y á D. Juan que mira aquí presentes. — Señores, dijo el cura guardándose el reloj, á nombre de los infelices á quien socorra, me anticipo á darles el agradecimiento.

— Menos comprendo este enredo, señor Garduño, dijo D. Juan. — Ni yo tampoco, repitió D. Manuel. — Voy á explicarme en dos palabras. Habiendo perdido D. Juan una apuesta que hizo con D. Pepe de veinte pesos, no teniendo yo como depositario más que oro, y necesitando menudo para repartir la cantidad perdida entre quienes se destajó, le dí al joven D. Patricio una onza americana para que me la cambiara, recogí los veinte duros y me volví á tomar mi asiento, al comenzar la merienda ordenó D. Manuel á su dependiente que me devolviera lo que de mí había recibido, yo me excusé, insistió, y la verdad hubiera parado la cosa muy mal, pues yo enemigo de que nadie me regale sin merecerlo ni solicitarlo, me molestó mucho; pero tomó la cuestión otro giro. Vd., señor D. Juan, también se empeñó en humillarme, interpuso su buena amistad y me precisó á recibir un favor no teniendo necesidad de él, con mucho gusto lo cedo en favor de los infelices que el señor cura socorra, he aquí todo el enigma.

D. Manuel se mordía los labios de cólera, pues en lo menos que pensaba era en hacer tal obsequio á Garduño. D. Juan sorprendido le dijo: — Vd. me contó otra cosa, D. Manuel, por eso apoyé su capricho; por ningún motivo, ni por cuanto oro hay en el mundo humillaré á un amigo, ¿por qué no me dijo su verdadera intención? y no que sin querer le he causado un mal rato á este señor; eso es muy mal hecho, engañarme cual á un chiquillo y... D. Manuel que veía que cada rato la cosa se complicaba y además no quería confesar su equívoco, se resolvió á enmendar su yerro aunque topara en el dinero, mas cuando los veinte pesos ya estaban repartidos y recibidas las gracias por su generosidad, por lo que dijo tomando un tono suplicatorio: — Señores, les voy á hablar con franqueza, y disimulen mis ocurrencias sin que sean causa de agravios. Ya yo sabía de la tal apuesta, y no me parecía justo que el señor D. Juan por una torpeza mía perdiera su dinero, no discurrí otro modo de hacérselo recibir al señor más que el que le indiqué á vd., ahora ya sabe cuál fué mi intención y discúlpeme como amigo.

— No hablemos más del negocio, dijo Garduño, el asunto está terminado, no me doy por ofendido y se acabó, sólo me

resta darle al amigo D. Juan los agradecimientos por su muestra de cariño; un fuerte abrazo de despedida, y á todos vds., señores y niñas, las debidas gracias por su amable compañía; tengo que arreglar con el señor cura un negocito pues me precisa muchísimo partir mañana, mis hijas han quedado solas y mis intereses abandonados.

Se desbarató la mazorca, después del más cordial despedimiento y D. Manuel estaba ese día de guardia, porque después de haber hecho á Lázaro, le costó la merienda y los veinte pesos, dándose á Judas de haber sido tan necio.

Dejó Garduño firmado su consentimiento paterno en la información matrimonial, y al cura dinero, para que sin pérdida de tiempo consiguiera dispensa de vanas y todo lo concerniente para el matrimonio, que debía verificarse en su casa de San Felipe del Obraje, escribiéndole á Tacho esa misma noche para que á su regreso viniera á la presentación. Se retiraron cerca de las diez de la noche, Camila no escaseó sus caricias á su padre, les previno su itacate, y con mil amores se la hubiera desde luego echado en las ancas y llevado, ofreciéndole que vendría una de sus hijas cuando el cura lo dispusiera por ella, y regresaron á las cinco de la mañana muy contentos, no quedando menos Camila ni los de su casa.

Estuvieron todo el camino recordando, comentando, y riendo de las ocurrencias del día anterior, de manera que sin sentirlo, llegaron á San Felipe. Al ver entrar las niñas á Garduño con semblante alegre y carcajeándose con D. Pepe, también se pusieron halagüeñas, mucho tiempo hacía que no lo habían visto tan jovial, chancero, alegre, y no hallaban á qué atribuir tan repentina mudanza, ignoraban el objeto de su expedición, y la curiosidad las tenía inquietas. Por fin, después de comer sacó señor Garduño una canastita de costura, hecha de cerda y abastecida de mil chacharitas muy curiosas. — ¡Ay qué chula canastita, papá! exclamó la más chica abrazándole el cuello á Garduño, y vaciándola, todas alababan sus chucherías. Sacó luego Garduño una petaquita muy bien hecha de palma, otra niña abriéndola dijo: — Esta es más bonita, ¿á ver qué tiene? Fueron mirando también un verdadero estuche de tocador, escobeta, peines, escarmenador, pomitos, espejito, y otros mil

juguetillos propios del ramo. Por último, un baulito de paja de trigo, también muy curioso, lleno de una batería completa de cocina, sumamente abastecida. — ¿Adónde ha comprado vd. todas estas chucherías, papacito? dijo la más grande. — No las he comprado, hijita, es un regalo para vds., aquí está la carta de remisión. Tomó Pepe la carta, y leyó en el sobre: — « Para mis queridas hermanas, Lola, Chucha, y Concha, en propia mano; por favor. » No hay duda que á vds. se dirige. La tomó Lola, y leyendo en voz alta continuó: — « Mis muy amables y queridas hermanitas, mi padrecito les dira cuánto gusto tengo al pensar que va á concluir la triste orfandad á que estaba condenada por mi desgracia; tengo muchos, muchísimos deseos de conocerlas, de abrazarlas y de darles mil pruebas de mi amor, les remito unas frioleritas que se repartirán, sin pelearse como perros y gatos, pues no quiero distinguir á ninguna, á todas las amo iguales; no son prendas de valor, porque soy una pobrecita como bien lo sabe el portador; pero recíbanlas como muestra de mi afecto. Cuidenme mucho á mi viejo, y si ven que les vuelve á poner cara de fío, avísenmelo para ajustarle las cuentas, porque yo no me tiento el corazón para eso, cuando aquí llegó estaba muy arisco, y con un medicamento que yo tengo ya se deja manosear y vuelve más mansito, en fin, como nos hemos de ver muy pronto, y una de vds. ha de venir por mí, ahí hablaremos y mientras, reciban el corazón de su hermana que mucho las quiere una por una y á todas juntas al barrer. B. S. M. Camila N. de Garduño. — Posdata. No se les olvide cuidarme á mi viejito, porque es el ídolo de mi amor. Vale. »

— ¿Quién es, papacito, por Dios esta Camila nuestra hermana? — Es la futura esposa de Atanasio, una pobre ranche-rita primorosa que me ha sacado de mis casillas, me ha encantado, vengo muy prendado de ella. Y contó todo lo ocurrido sin omitir ningún pormenor. — ¡Qué gusto! decía Concha, ya tenemos una hermana nueva, primorosa, y no esa descolorida paquetuda que decían que era la novia de Tacho. — Por no verla tan encopetada y ostentosa, agregó Chucha. — Y tan inútil y fodonga, dijo Lola; el domingo llevaba la cabeza muy olorosa, y unos porabajos de borrega cascarrienta, qué gusto

que ya se largó más que de prisa, ¿quién sabe qué vihora le picó que la echó sin despedida? ojalá y nunca vuelva la niña de mirame y déjame. — ¿Cuándo voy por Camila, papacito? — No, yo, replicó la segunda. — O yo, agregó la tercera. — Ya veremos, eso depende de que me avise el padre D. Alejo. — Yo me cojo la canastita, dijo Chucha. — No, ésa es para mí, contestó Concha, y empezaron las disputas. — Mira, Lola, mandó señor Garduño, deposita todó eso y así que Camila venga, que ella reparta, mientras vayan vds. mirando cómo le corresponden la muestra de su cariño.

Ahora, D. Pepe, vamos á otra cosa, yo quisiera que el día del casamiento de mi hijo Atanasio, concurren á mi mesa todos los Hermanos de la Hoja y sus respectivas gentes, desear ver juntos á todos formando una sola familia, ese día quiero demostrar á todos reunidos mi justo reconocimiento, estrechar más la buena amistad y armonía con que se tratan; es mucho, muchísimo el placer que tengo de darle á mí muchacho una mujer de todo mi gusto, como vd. dice D. Pepe, *de honra y provecho*. Vaya vd. á ver cómo compromete á su padre de Astucia, y al Charro, que yo por aquí haré lo mismo con el Tapatio y Chepe; se trae vd. á su adorada Clarita mas que sea en una camilla, y si no tiene tiempo yo iré por ella, en fin, ya sabe mis intenciones; según me aseguró el señor cura, para el día ocho ó diez del que entra, estará todo allanado, lo de por aquí es más fácil, y así determinemos definitivamente el casamiento para el día 15 que es día de fiesta; vea vd. las trazas que se da y déme ese gusto, voy á comunicar por el corral esta casa con la de la espalda que también es mía, arriendo la contigua que está desocupada, y no ha de faltar adónde alojar á todos, ni frijolitos que darles, las bodas de Gamacho no han de haber estado ni más concurridas ni más abundantes; voy á echar la casa por un balcón como dicen, me voy á volver loco, ya lo dije, y si puedo traerme á los de la concurrencia de marras, soy capaz de transigir con Diego Corrientes por tal de que nos eche un brindis de su caletre como el consabido, y nos parodie al bravo Calabrés.

Todo salió como Garduño se lo había imaginado, Pepe con demasiado empeño emprendió el viaje hasta la casa de As-

tucia, que aunque con trabajo, obligó á su padre á concurrir. Se guió á ver á Alejo, y allanó también que asistiera con su familia, hizo su semana de remonta inter regresaron Lencho y Tacho de su expedición, dirigiéndose directamente para San Felipe pues así se los encargó Pepe en la carta que les dirigió desde San Cipriano. Estaba señor Garduño tan alborotado y entusiasta por el casamiento de su hijo, que todo se le iba en disponer los preparativos, recorriendo en su memoria á qué conocidos y amigos le faltaba que convidar, á todos les contaba la dicha que iba á gozar con su nueva hija, relatándoles su chasco de estar haciendo el papel de incógnito, y algunas de las ocurrencias del día de campo, lo mismo que el suceso del valiente Diego Corrientes, que con el mejor buen humor recordaba á cada instante.

A los diez días después de las ocurrencias de San Cipriano, llegaron los viajeros, salió Garduño lleno de gozo á recibirlos diciendo: — Jamás he deseado tu regreso con más ansia, Atanasio, ¿qué demonios hacían? ¿Por qué se han demorado tanto, amigo Lencho? — Porque nunca faltan tropiezos en el camino, señor Garduño, un lance que hemos tenido, nos hizo perder dos días y trastornar nuestro derrotero, respondió Astucia.

— ¿Tal vez algún encuentro con los enemigos ó...? — No, señor, con unos pillos de los que merodean por Jantetelco y van á hacer sus expediciones hasta cerca del paso del río de Atoyac, pero gracias á Dios ya los pusimos en juicio, dejamos en un jalocoté grande un racimo de cuatro bandidos colgados, avisamos á la autoridad inmediata, para que los recogieran, á la pobre mujer á quien perseguían la pusimos en paraje seguro y bien recomendada para que la asistan y curen de sus heridas, y aunque esa ocurrencia nos hizo perder el tiempo no me pesa, pues creo que la infeliz se podrá restablecer, y cuatro bandidos menos no deja de ser buena presa y alivio para los pobres caminantes. — ¿Cómo estuvo eso, amiguíto? cuéntemelo porque me ha dado curiosidad; pero mira, Atanasio, remuda y parte para San Cipriano, anda á formalizar la presentación y violenta todos los requisitos indispensables para que tu casamiento se verifique el día 15 del que entra en esta villa,

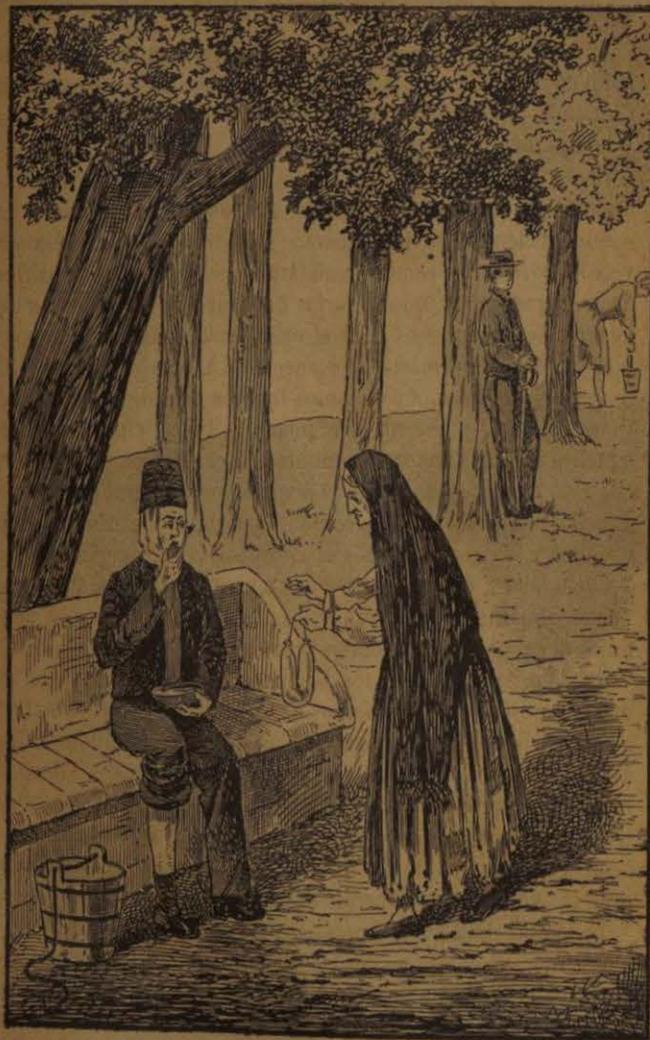
mientras descansará un poco tu jefe, porque tengo con él un negocito particular.

Atanasio apenas saludó á sus hermanas, cuando en un caballo de refresco partió á media rienda lleno de gozo para San Cipriano á ver á su amada que lo recibió con no menos alegría y le dijo todo lo ocurrido con su padre.

Reunidos todos los de la casa y otros tres amigos de Garduño, Astucia les contó la ocurrencia que habían tenido en el camino diciendo: — Marchábamos muy tranquilos atravesando veredas para cortar camino escudándonos las banderolas azules de nuestras lanzas, que al verlas flotar al aire los mañosos se agazapaban dejándonos libre el paso, hasta más allá del pueblcito de la Resurrección perteneciente á Jalostoc, cuando al llegar á las Palmas, uno de tantos lugares temibles, á orillas de tierra caliente oímos un tiro lejano y luego vimos salir de aquellos breñales una mujer montada á caballo perseguida por cuatro ó cinco cuerudos que le disparaban sus carabinas, cayó aquella infeliz del caballo como á cien varas de distancia de nosotros y sus perseguidores se apuraban para coger su presa. Yo lleno de ira dije: Socorre á esa mujer, Fandango, sígueme, Tacho, empuñemos nuestras armas. Metimos espuelas y partimos al encuentro de aquellos pícaros.

Iban tan preocupados los bribones que cuando advirtieron nuestra presencia, ya estábamos muy cerca. — ¡Atrás, canalla! grité, con voz de trueno agitando mi lanza en molinete. Ellos sorprendidos sentaron sus caballos, voltearon caras, y huyeron por varias direcciones gritando muy azorados: — ¡Los charros, los charros! Tacho desde luego dobló á uno de un balazo, y siguió tras de otro, que después que lo correteó un gran trecho, al fin se le perdió entre tanto matorral.

Yo me precipité sobre uno de un caballo zebruno y por más que le marqué el alto no me hizo caso sino antes bien al alcanzarlo me descargó su tercerola llevándose la bala las agujetas que ven vds. que me faltan de la hombrera de mi chamarra; indignado de aquello, apuré mi caballo y diciendo: Que Dios te ayude, miserable, le despaché mi lanz ay la moharra lo atravesó de parte á parte cayendo en el acto á poco trecho, volví la vista presuroso y columbré á otro de un caballo tordillo que



D^a Pompita y su querido Tranqui.

me llevaba gran distancia. Alcánzamele, Sultán, alcánzamele, grité á mi perro animando á mi caballo en aquella cuesta arriba, el perro partió veloz y yo seguí avanzando terreno siu- tiendo en el alma que aquél se me escapara, ya iba perdiendo la esperanza, cuando noté que el Sultán se le había empare- jado, habíamos acabo de encumbrar, seguimos la cuesta abajo, dispuse mi yoga, y por temor de dar un balazo á mi perro, de- sistí de mi empresa por el pronto, sólo esperando ver si con- seguía tenerlo atravesado; aquel infeliz no hallaba á quién atender, volteaba la cara á verme muy azorado, ó con su ma- chete amagaba al perro que trataba de abalanzársele al caballo, en esto llegó á una certeneja y al emprender su caballo el brinco, el perro se le colgó de las narices y todos descendieron hechos bola por entre los peñascos; allí me los fuí encontrando muy averiados, mi perro cojo, el caballo con el pescuezo chuecho, y manco, y al jinete con el espinazo roto. A poco llegó Tacho, sacamos á aquel desgraciado que entre mil ayes lastimosos declaró que fué soldado de D. Polo, pero que como éste se indultó, disolvió su guerrilla y se fué para México á es- tablecerse, él se agregó á la cuadrilla del Alacrán, que andaban robando en el camino de Amozoc y en los pasos de Atoyac, que había venido su jefe hasta cerca de Yautepac á llevarse una muchacha, la cual acababa de darle un balazo con su mismo mosquetón, y estaba muerto al pie de la cuesta, junto de un jalocote grande. Ya no pudo decir aquel hombre más, una fuerte tos le estorbó la respiración, y haciéndonos unos gestos feroces exhaló el último suspiro; lo echamos sobre su derrengado caballo y nos dirigimos para el tal jalocote grande, en donde reunimos á los cuatro muertos y la mujer grave- mente herida, pues tenía una puñalada en el pecho izquierdo que se lo dividió completamente, y otra porción de contusiones y cortadas, hicimos un manajo con los cuerpos aquellos, que con sus mismas reatas dejamos suspendidos del jalocote, allí mismo alzamos sus armas y amarramos sus caballos, le aco- modamos al Fandango lo mejor posible á la mujer en la silla, y continuamos la marcha. Después de la oración de la noche llegamos á nuestro paradero, y allí ayudado de los posaderos, mi primer empeño fué asistir á la herida que desmayada, lí-

vida, y descoyuntada, apenas daba indicios de algunos restos de vida; la curaron de la manera más eficaz, pues además de la puñalada del pecho, tenía varios tajarrazos en los brazos, contusiones por el cuerpo, y dos roturas de cabeza; no pudiendo concebir alguna esperanza sino hasta la madrugada, que medio incorporándose en el lecho, exhaló un lánguido suspiro, y balbució una imperceptible queja.

Desde el instante en que la recogimos y pude en fuerza de estarle echando mucha agua en el primer sitio donde se proporcionó estancarle la sangre y vendarla con su propio rebozo, me causó algún interés junto con curiosidad, pues desde luego se conocía que no era una mujer vulgar, tiene buena edad, su cutis es fino, bonitas sus facciones y toda ella indica ser de familia decente; todo esto incitaba más mi empeño en saber cómo, por qué, ó qué causa había para que se hubiera encontrado en aquel lance, en poder de los bandidos y en tan extraño sitio, pero no pude averiguar nada á causa de que recuperada algún tanto, fué asaltada por una fuerte calentura, y al separarnos de ella estaba en un continuo desvarío hablando mil cosas contradictorias, disparates ininteligibles, que no me ministraron más que leves indicios y no pude formar de ellos ningún juicio razonable, sin dejar ella de repetir: — ¡Mi hija! ¡mi hija! ¿qué será de mi hija, Dios mío?

Al otro día de la escena partí para el pueblo inmediato á dar parte al alcalde de lo ocurrido, para que fuéramos á recoger el abundante fruto del jalocote grande en el recodo de las palmas, todo lo encontramos en el mismo estado en que lo dejé, y tomándome declaración para formar las primeras diligencias y remitir los cadáveres al juzgado respectivo, dije sucintamente, que entre tres y cuatro de la tarde del día anterior, atravesaba yo con un compañero y mis criados por aquel sitio, cuando fuimos saludados de repente con un tiro, llevándose la bala que me dirigieron un pedazo de la hombrera de mi chamarra y unas cuantas agujetas con que se adornaba, que por contestación á su cortesía, desde luego acariciamos á un par de ellos que se pusieron á roncar, seguimos retozando con los demás, resultando otros dormidos de aquel juego de manos, habiéndonos escapado otros que supieron tabear; que en el mismo

sitio los dejamos alzaditos del suelo para que no se resfriaran ó fueran á tomar un constipado, dando parte á la autoridad inmediata para que recogiera á aquellos angelitos y sus juguetes, pues nosotros nos habíamos propuesto quitar de en medio á cuanto malcriado se atravesara por el camino en que andábamos trabajando. Por supuesto no hice mención ninguna de la señora, por no complicarla en la sumaria; concluído esto dispusimos nuestra marcha, dejándoles á nuestros aposentadores dinero y orden de que asistieran á la lastimada con la mayor eficacia y cuidado, y proseguimos nuestro camino. — Ahora me deja vd. con más duda, amigo Lencho, dijo Garduño, porque ese lance ha de ser interesante.

— Yo creo lo mismo, señor Garduño; y no dudo que esa pobre mujer sea tal vez víctima de alguna felonía, traición ó capricho de algún ricacho de esos prostituidos que todo lo quieren cubrir con su dinero, pues no dejó en sus palabras incoherentes de darme algo en qué pensar, pronunciendo con horror un apellido bastante conocido en el rumbo de Cuernavaca, y las exclamaciones que hacía mentando repetidas veces á su hija, blasfemando contra el sujeto, mucho me han dado en qué pensar, yo le ofrezco á vd. que luego que volvamos á nuestro trabajo, indagaré todo y le contaré cuanto averigite sobre el particular. — Pero si mientras esa mujer se alivia y se larga, no ha de poder vd. cumplirme su oferta. — Imposible es eso, sus heridas son bastante graves, y sólo que se muera nos quedaremos en la duda; además de dejarla recomendada para que estuviera bien asistida, mandé que la conserven oculta hasta que yo vuelva, porque si tal vez tiene más enemigos, no le sería fácil en el estado que queda, librarse de ellos.

— Pues vamos á otra cosa, dijo Garduño, aunque ya le encargué á D. Pepe que fuera á convidar á su padre de vd., por si acaso no ha logrado que me haga el gusto de venir, ruego á vd. que se empeñe para que asista á las bodas de mi hijo; vd. creo que podrá conseguirlo; además, también tengo empeño en que vd. con mi hija Lola sean los padrinos, pues les corresponde por derecho, á vd. como jefe de los Hermanos de la Hoja, y á ella, como hermana mayor del novio y la que aquí

hace de cabeza de casa. — En todo será vd. servido, señor Garduño, y el honor será para nosotros; mañana mismo parto para mi casa, de paso pasaré á ver á Pepe y de acuerdo con él, nos tendrá vd. á sus órdenes oportunamente.

Aunque Pepe había comprometido á D. Juan Cabello, no estuvo por demás el empeño de Lencho que venció todas las dificultades que su padre tenía, y más bien por darle gusto á su hijo admitió emprender la viajata, dejando á su yerno Angel al cuidado de los intereses.

Sallieron de madrugada padre é hijo decentemente vestidos y bien montados, seguidos de Reflexión y el Fandango, también lujosos en su tanto, que arreando una mula con equipaje, estiraban otros dos caballos encamisados. D. Juan iba en el prieto que educó, y cuando menos lo esperaba Lencho, le alzó la rienda al caballo, pegó un ronquido, le metió las espuelas y salvó una grande certeneja con admiración de todos. — ¿Qué es eso, señor padre? dijo Lencho, parece que su merced se ha vuelto loco. — Bien dice el dicho, le contestó, no hay hombre cuerdo á caballo, quise ver si todavía me puedo apretar en la silla, y si tú no has dejado de tener adiestrado este caballo; presta una pistola. La preparó y sin demorarse mucho la disparó diciendo: — Mira, Simón, anda á traer la bala que ha de estar á la altura de tu cuerpo en aquel tronco de ziranda.

Simón se dirigió al sitio indicado, como á sesenta ó setenta varas de distancia, y volvió con la bala machucada. — ¡Vaya, vaya! exclamó D. Juan, todavía no me tiembla el pulso y conservo mi buena vista: nunca te deshagas de estas pistolas, Lencho, consume algunas paradas de cartuchos, examina bien su alcance y ejercítate siempre que puedas, que mientras conozcas á tus armas y caballos, ambas cosas te servirán al pensamiento. ¿Sabes, hijo mío, que ya tenía deseos de dar una campeada, de sacudir el polvo del valle y de que me calentara el sol de tierra fría? voy muy contento, he olvidado mi melancolía, me parece que soy otro, que nada me duele, y á no ser porque miró mis manos arrugadas y mis barbas blancas, creería que íbamos á reunirnos con nuestros compañeros y amigos como cuando la insurgencia; cada vez que miro á D. Pepe, se me recuerda á su difunto padre D. Casimiro, tan buen

amigo, tan parejo y valiente como hay pocos, no era hombre de dichos, sino de hechos; ¡ah qué tiempos, Lencho, ah qué tiempos aquellos! la víspera de un combate parecía fiesta, y el día de la acción, no veías más que entusiasmo, delirio por pelear, por arrebatarse la victoria, todo el mundo partía contra el enemigo sin contar su número, temer sus elementos ni arrearle nada; á la voz de: « adentro, muchachos », todos se disputaban el ir por delante, nadie volteaba grupas, y muchas veces á ese arrojo, era debido el triunfo; había bárbaro que fiado en su buen caballo y sin más armas que su reata, se arrojaba contra las filas enemigas, sobre las piezas de artillería, y más de cuatro se las trajeron á cabeza de silla en medio de una lluvia de balas que procuraban excusárselas con sólo tenderse en el caballo; en vez de acobardar á los criollos las carnicerías de los combates, la sangre humeante de sus hermanos que con profusión se derramaba, más y más se enardecían los ánimos, crecía el entusiasmo, se irritaban los hombres, entonces se vió de cuánto es capaz un pueblo cuando proclama un solo principio y defiende una justa causa. Eso que te han dicho de Garduño, es una friolera, muchísimas cosas más sorprendentes le vi ejecutar, lo mismo que al general Rayón y otros varios que se singularizaron en diversos hechos; este señor Garduño que existe, también es de los mentados, y si como me lo figuro, es el xocoyote, como le decíamos al más chico de los Garduños, ya verás qué recuerdos hacemos, él no se ha de acordar de mí, porque entonces estaba en distinto cuerpo, nunca me llamaban por mi apellido, sino que unos por aprecio y otros por costumbre, me decían el Cuerudito, porque primero largaba la camisa, que mi cuera ni las botas campaneras.

Entretenidos en diversas conversaciones y recuerdos de D. Juan, hicieron noche en San Javier y madrugando al otro día estuvieron en el rancho de Pepe á las cuatro de la tarde. Estaba éste ocupado en hacer con ramas un toldo á una criba, para que sirviera á Clarita de camilla, ella sentada en una silleta miraba la operación, interin Enrique su hijo, montado en un otate, pegaba de carreras por el patio, trayendo lazado un mastín, tan grande como el Sultán; apenas vió llegar á Astucia, cuando corrió á dar aviso gritando: — Ahí está mi

tío Lorenzo, mamacita. Salió Pepe al encuentro de los recién llegados, muy lleno de gozo abrazó á su hermano y á D. Juan, metiéndolo á la sala le presentó á Clarita diciendo : — Como Lorenzo es mi hermano y ésta mi esposa, hermana de aquél, déme el gusto de que todos le digamos padre, sírvase darle un abrazo á su hija y conocer á este bribonzuelo por su nieto. Saluda á tu padre grande, Enrique, le dijo Lorenzo. El niño por única constestación, aventó su olate y le abrazó las piernas á D. Juan queriendo en vano alzarlo por alto.

El rostro de Clarita se coloreó algún tanto, sus ojos brillaron de alegría, apareció en su boca la sonrisa, estuvo perpleja un instante, como tratando de hacer algún recuerdo, y después de restregarse los ojos y fijar varias veces su atención en D. Juan, se paró de repente como impulsada por un poder sobrenatural, dió con mucha dificultad dos ó tres pasitos y dijo :

— Si no fuera porque estoy plenamente convencida de la muerte de mi papá, juraría, señor D. Juan, que vd. era el mismo que me dió el ser; déjeme vd. contemplar su semejanza, coordinar mis ideas, y ya que la casualidad así lo ha hecho, permítame mantener esa ilusión que tanto me halaga, que me reanima, que... no sé cómo explicarme, siento cierto regocijo, complacencia, qué sé yo, y abrió los brazos prosiguiendo : Sí, vd. desde hoy será mi padre, ¿me querrá vd. dar ese consuelo? — Con mucho gusto, querida Clarita, hija mía, y respondió á su ternura cordialmente. Se sentaron y continuó diciendo Clarita : — ¿Qué dices, Pepe, qué coincidencia, qué feliz casualidad? cuando lo miro me parece que cuanto ha pasado es un sueño, y á pesar de los años transcurridos, en un instante he recordado distintamente toda la fisonomía de mi papá; estoy tan preocupada, que hasta la voz me parece semejante; en fin, no traten de desimpresionarme, déjenme en mi arrobamiento, y ya no sigas en tus inventos de camilla, me siento muy aliviada, y á no ser por la hinchazón de las piernas, creo que acompañada de mi padre iría á pie; ya lo has visto, me paré sola y he andado algunos pasitos por ir á su encuentro y recibirlo en mis brazos. Mira, Pepe, no te engaño, ya se me salen los zapatos, los pies se me están descargando rápidamente; no hay duda, padre mío, á vd. le debo mi reme-

dio, su presencia sola ha bastado para mitigar mis padecimientos. Lorenzo, hermano mío, presta tu brazo, quiero salir de dudas, á ver si puedo ir siquiera allá fuera, mientras tú, Pepe, demuéstrole á nuestro padre tu agradecimiento, Enrique, cánsalo á besos. Y parándose, se apoyó en el brazo de Lorenzo y con no poca sorpresa de todos, y aun de ella misma, salió al corredorcito, tomó aliento y se siguió de frente para el huerto donde se sentó tantito.

Pepe tomándole á D. Juan una mano y acercándosele al pecho le dijo : — Me ha hecho vd. concebir una chispa de esperanza y sentir un gran consuelo en este corazón que sólo ha latido de pesar, de un intenso dolor, de la más profunda tristeza. Mientras Enrique besándolo le decía : — ¡ Qué bueno es vd., padre grande! — Vamos á verla, señor D. Juan, continuó diciendo Pepe, también á mí me parece un sueño lo que me pasa; ¡ gracias, Dios mío! ¡ gracias, Virgen santísima! ¡ otra ráfaga de tu providencia divina, Dios de bondad, y seré dichoso! Y limpiándose las lágrimas que vertía al hacer sus exclamaciones á las imágenes á quienes había dirigido sus palabras, se fueron para el huerto. — Aquí, papá Juan, siéntese á mi lado, dijo Clarita al verlos llegar. ¿Sabes, Pepe, que tengo hambre? — Niño, avísale á tu nana que traigan aquí el chocolate, ¡ qué tarde tan hermosa! córtense flores, voy á hacerle á mi virgen sus ramilletes. Los dos hermanos obedecieron su mandato, y Enrique arrancó para la cocina. — ¡ Este es un milagro, papá Juan! exclamó Clarita, ya llevaba muchos meses de no venir por aquí y como mi mal ya no tiene remedio, cuando me miro paralizada, sin poder dar un paso se me carga la tristeza, nada me halaga, pierdo la apetencia y clavo el pico como los pollos, pensando cuándo será Dios servido de quitarme tanta pena; Pepe hace poderíos, y aunque trata de no darme á conocer su aflicción de verme en tal estado, yo penetro su corazón y sé muy bien lo que el pobre hombre sufre por mí, esto aumenta mis padecimientos, nos tiene vd. siempre tratándonos de engañar, él á que estoy cada día peor, y yo á sostenerle lo contrario; pero ocasiones aunque quiero hacerme fuerte, me abandonan mis fuerzas y el mal no da lugar al disimulo. Esta es en pocas palabras, nuestra amarga situación, papá Juan, bien

triste por cierto; ya vuelven muy ufanos, y al verlos alegres, me alegro también, olvido mis cuidados y soy otra mujer. Enrique venía con un canasto con pan, bizcochos y servilletas, seguido de la nana que en otro traía trastes y el jarro con el chocolate, sosteniendo una acalorada disputa, entró al huerto y señalando á su mamá dijo: — Mírala, nana, mi padre grande le trajo el remedio, yo no soy mentiroso. — Pero, niña, ¿cómo ha venido vd.? exclamó la nana sorprendida. — Ya lo ves, Susana, por mi propio pie. — ¡Ay, señor! prosiguió la nana dirigiéndose á D. Juan, Dios se lo pague á vd. por su remedio, y la Virgen Santísima lo favorezca, ¿qué es alguna hierba ó...? — Unos polvitos, nana, respondió Pepe que volvía con Lorenzo cargado de flores. — ¿Es qué, niña? dijo la nana. — No, Susana, te están engañando, y siguiendo la broma agregó: — Es un bálsamo. — ¡Ah! ya sé, los bálsamos tranquilos que son tan buenos para el pulmón. — Precisamente, replicó Lorenzo; pero no se llaman así, sino bálsamos de tranquilidad. — A vd. sí lo creo, D. Lorencito, pero el amo ya me la quería pegar. Tomaron chocolate todos contentísimos, hizo Clarita sus ramilletes, bromeó de muy buen humor, y después con sólo tomar e brazo de su papá Juan, dió una andadita más larga y regresó sin más accidente que algún cansancio. — ¿Qué te parece, dijo Pepe á Lorenzo, de tan repentina mudanza? ¿Será tal vez un alivio aparente, y nos pegará un susto cuando menos lo esperamos? — Hombre, no lo juzgo así, le contestó, esta clase de enfermedad, según he oído decir, como es del corazón se agrava ó alivia según los sentimientos que lo dominan, y por eso son temibles los excesos, las fuertes impresiones que lo sobresaltan; Clarita estaba muy afligida según escuché ahora lo que le estaba contando á mi padre, se veía impedida, se sentía grave, aumentaba su pena tu aflicción, en fin estaba dominada por la tristeza, la presencia de mi padre le trajo á la memoria un recuerdo grato, su corazón se alegró, cambió su pensamiento, en fin, también se alegró su espíritu, y así como insensiblemente pudo agravarla la melancolía, el placer y el gusto la han reanimado, y si no, recuerda que no halló cómo explicar su gozo ni el placer que sentía; demostrémonos alegres y satisfechos y nos imitará.

Vamos á distraerla, á complacerla, y á hacer cuanto dependa de nosotros para que se conserve en lo posible con sus venturosas ilusiones, mi padre nos ayudará y en el supuesto que él tiene el bálsamo, te lo cedo, lo obligaremos á que acabe su obra, que si ella sucumbe no nos quede ese remordimiento; te ofrecí otra vez cuanto tengo y cuanto valgo, sabes que tus penas son también mías, ensancha ese corazón marchitado, aprende á regenerarte como me dices del señor Garduño, y échate en los brazos de la Providencia, Dios es fuente de bondades, sus misterios son incomprensibles y todo lo paga, tú acabas de hacer un bien á esas familias, él desde luego te manifiesta la recompensa. Por única contestación se arrojó Pepe en los brazos de Lorenzo, derramó unas cuantas lágrimas de gratitud, y ambos muy contentos se dirigieron á echar un vistazo á sus caballos.

Muy gozosos todos pasaron la velada, y Clarita se sentía tan fuerte y aliviada que no permitió que la llevaran, sino montar sola en uno de los caballos de D. Juan, Enrique fué en su Jaquito, se agregó al avío otra mula con colchones, otro caballo de mano con los dos arrieros más, partió la caravana haciendo jornadas cortas, pero mucho mayores que las que tenía dispuestas Pepe, Clarita hizo punto menos con D. Juan que Camila con señor Garduño, lo trataba con mucho cariño y atenciones, no se despegaba de su lado, estaba pendiente de todo, se tomaba la libertad de una hija querendona y mimada, y no hallaba cómo complacer en todo á su papá Juan. Este naturalmente le correspondía, y no escaseaba su cariño, estando también muy endiosado con su hija y satisfecho de su obra, echando á un lado sus achaques, se alegraba de ver á todos contentos.

Por distintos caminos, para un solo punto también caminaban Alejo, Mariquita su esposa, tres chiquillas y sus criados, José Morales, Juan Navarro, Lupe su mujer, y otras dos criaturas y sus criados. Otra comitiva se componía de Atanasio, Camila, D. Juan el hacendado con sus tres hijas, una de las hermanas del cura, Vivianita, Chucha y Concha Garduño, que con su hermano habían ido por la novia y á convidar á los demás; Mariquita la hermana de Camila, tuvo que quedarse cuidando la casa, y su esposo Manuel sustituyó de remontero para vigi-

lar á los hatajos mientras amos y arrieros concurrían á las bodas de Reniego.

En dos días quedaron reunidos en tres casas que parecían un pueblo cada una, más de ochenta huéspedes, el matrimonio se efectuó el día 15 prefijado, á las cuatro de la mañana, fueron los padrinos Lorenzo y Lola Garduño. El almuerzo estuvo tan concurrido que tuvieron que servirse tres mesas de á más de cincuenta personas, reinando el mayor orden y buena armonía, las puertas de la casa del señor Garduño estaban abiertas para todos los vecinos, pobres y ricos, á todos se les atendió, era aquello una verdadera fiesta, haciéndose notar y singularizándose Camila que sencillamente vestida, á todos obsequiaba y diligente se granjeaba mil simpatías de toda la concurrencia, Garduño desplegó su franqueza, todo estaba bueno y abundante, su marcialidad encantaba, su placer no tenía límites. Efectivamente era el mismo que D. Juan Cabello se suponía, se juntaron con el otro D. Juan, y recordando sus mocedades y aventuras tenían absortos á los que los escuchaban. A las doce discurrieron improvisar una plaza de toros, y mientras unos iban á traer á algunos bravos que tenía Garduño en su ganado, otros reunieron gente, providenciaron madera, reatas, herramientas, y á las tres habían concluido el redondel y un gran tablado provisional cubierto con petates y enramadas. A las cuatro estaba la plaza llena de concurrentes, las ventanas y azoteas coronadas de gente; tres toros escogidos que después de lidiados se iban á repartir á los barrios, bramaban furiosos en el coso, otros ocho de condición humilde se corneaban en un estrecho apartado, esperando que los hicieran rodar por el suelo á las coleadas, los aficionados llenos de entusiasmo recibían órdenes de Lorenzo, que como en Tochimilco era el capitán, Alejo su segunda espada, y varios vecinos y arrieros formaban la cuadrilla de á pie, los otros cuatro hermanos montados, con dos del pueblo, formaban la de á caballo, la música estaba con anterioridad ajustada para todo el día, y desde que los novios salieron de la Parroquia había comenzado su fatiga, el comandante militar facilitó escolta para guardar el orden, y las autoridades principales compuestas de amigos de Garduño, también contribuyeron en cuanto estuvo de su parte,

llevando la voz para el orden de la función el señor Prefecto. Como á todos los dominaba una sola idea y tenían sólo un empeño, complacer, y disfrutar, no se miraba un semblante triste, y sin etiqueta comprometida, ni nada que trastornara el regocijo, reinaba en todos los pechos una sincera alegría. Se abrieron las trancaas, tocó el clarín, y se presentaron en el circo los valientes gladiadores con halagüeños semblantes arrancando prolongados aplausos, á cual más sincero y satisfactorio, dejando á todos admirados la singular destreza de Lorenzo, la serenidad de Alejo, y el arrojo y atrevimiento de los demás; todos se cuidaban mutuamente, se auxiliaban haciendo lucir á sus compañeros, y sin tener la más leve desgracia desempeñaron perfectamente, terminando aquella diversión con la luz del día, allí mismo se hizo la citación á las familias para reunirse á bailar á las ocho de la noche. A los alcaldes auxiliares se les encomendó el reparto de los tres toros muertos, y parecía aquello pleito de perros, todos agrupados, no dejaban ni trabajar á los destazadores, hasta los cueros se repartieron á pedazos.

El baile duró hasta después de las doce, los vecinos principales de la villa, se empeñaron en prolongar la fiesta, disponiendo escotarse los gastos, y hacer al otro día que era sábado, pelea de gallos en la mañana, otra corrida en la tarde con distinto ganado, y en la noche una función de circo y maroma en la misma plaza para que todo el público disfrutara, aprovechando la casualidad de estar allí unos cirqueros que por una corta cantidad, desde luego admitieron. También por su parte los hermanos quisieron hacer algo por sí solos, y se arregló que el domingo se repitieran la pelea de gallos, la corrida de toros, comenzara más temprano amenizándola con jaripeo, figurones en burros, y un toro mocho para el soberano pueblo, de allí seguiría una sencilla merienda, ó propiamente refresco, y después una comedia que escogieron del repertorio de los cirqueros que llevaban lo necesario para su desempeño, y fueron profusamente gratificados, estando la puerta franca para todos los espectadores que no tuvieron más que mandar sus sillas los que las tenían, algunos sentarse en el suelo, y otros parados divertirse grandemente, en los dos días más de toros, tampoco hubo desórdenes ni contingencias, de manera que fué una

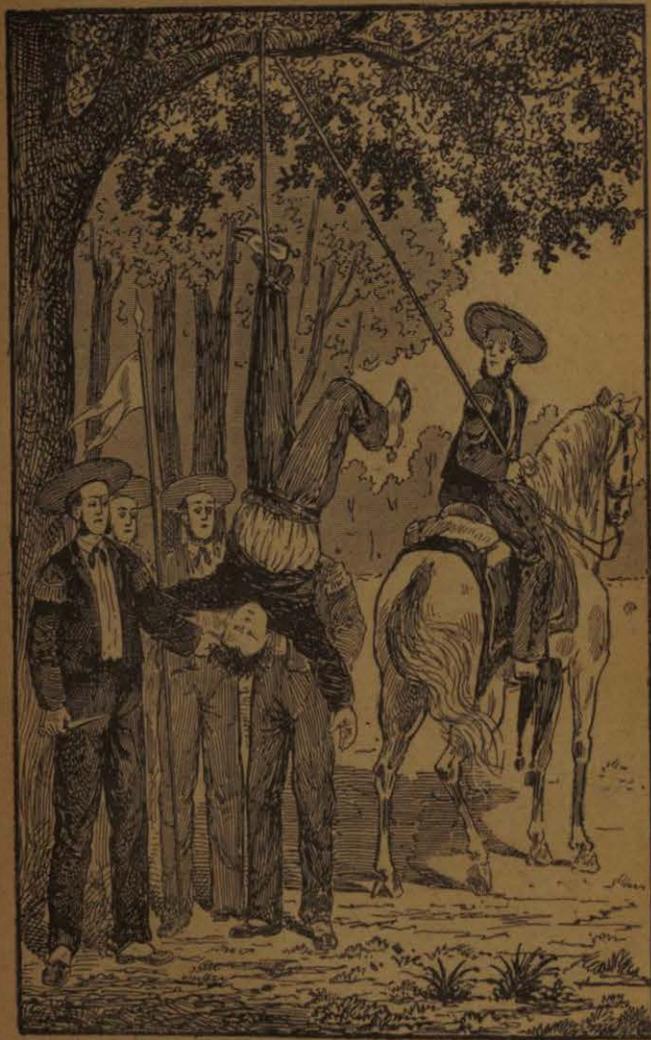
pascua muy divertida y amena en que disfrutaron todos con la mayor confianza y satisfacción. El lunes siguiente, cargó Garduño con todos sus huéspedes para su rancho, donde los esperaba un almuerzo campestre de excelente barbacoa, sabrosa huacamole, incitantes enchiladas y demás bocaditos consiguientes, allí reunidos en familia tanto Garduño como D. Juan Cabello, se propusieron ratificar el solemne juramento de sus hijos, de ser ellos también *todos para uno, uno para todos*, constituyéndose los padres generales de aquella familia tan numerosa; fueron por supuesto recibidos con gusto general, hijos, hijas, y multitud de nietos de todas clases, los llenaron de bendiciones y á cual más les manifestaba su cariño acompañado de halagadoras palabras y multiplicadas caricias; al otro día comenzó á desvanecerse aquella nube de gente, D. Juan el hacendado partió para su casa con la comitiva que trajo, excepto Camila que ya quedó desde luego formando parte de la familia de Garduño, luego se retiró José Morales y Juan Navarro que formaban una sola romería, los siguió Alejo con los de su casa, y al último se retiró Lorenzo con su padre, Pepe, Clarita, y el traviesísimo de Enrique que era sumamente consentido de su padre grande, naturalmente los despedimientos fueron largos, llenos de protestas de amor, de ofrecimientos, y siendo todos de una propia condición, es decir, rancheros, simpatizaron, se quisieron sin repugnancia, se trataron con la intimidad y confianza que sus maridos, y eran verdaderamente *todos para uno, uno para todos*.

En el rancho de Pepe, siguió como se debía de esperar un compromiso, D. Juan no quería causar á Clarita disgusto por su separación, Pepe no podía obligarlo á estarse siempre con ella, Clarita comenzaba de nuevo á ser presa de su enfermedad; pero Lorenzo que todo lo penetraba le suplicó tanto á D. Juan, que por fin lo comprometió á formar una sola familia, y acompañado de Clarita, estaba unos días en tierra fría, y otros en tierra caliente siendo sus ausencias de muy corto tiempo, consiguiendo que Clarita estuviera aliviada por algunos meses. Mas como la celebración del matrimonio fué tan clásica y tan pública, acompañada de sucesivas distracciones, no quedó en la villa ni en sus contornos quien no lo supiera, y pasados algunos

días, por conducto de los dependientes de la hacienda de... llegó á noticia de la gran señora doña Pomposa, de feliz memoria, que hemos visto salir de la villa á todo el correr de cuatro mulas flacas, despechada por semejantes nuevas se mordía los labios de cólera, maldecía su suerte llena de ira, y lo que más aumentaba su rabia era la dificultad de vengarse, todos sus planes habían venido á tierra, sus vanidosas esperanzas de colocar á su rubia pálida se frustraron, y aquel golpe desconcertaba todos sus meditados proyectos; tanto le ponderaron las fiestas que no pudo menos que suponer que las exageraban con segunda intención sólo por burlarse de ella, y la malicia que sustentaba su infame corazón le hacía inferirse mil temores, creyendo que aquellas ponderaciones eran para provocar su cólera, para precipitarla á dar algún mal paso, con que el tal Julio Palma ó Pepe el Diablo satisficiera su encono; y como se creía vigilada en todas sus acciones y que le seguían los pasos, desconfiaba hasta de los mismos de su casa, y se aguantó fuerte disimulando su rencor, no atreviéndose nunca á meterse con el Diablo Pepe, temerosa de sentir, cuando menos lo esperara, la punta aguda y cortantes filos de la navaja maldita que vió suspensa sobre su doblegada cabeza. En fuerza de su entrometimiento, y no quitando el dedo del renglón, un año después, estaba muy ufana de tener graduado de yerno á un extranjero americano que estuvo de maquinista en una fábrica de hilados, quien sin más consideración derrochó los intereses, y fastidiado por doña Pomposa, reunió lo que pudo y se largó para su patria, el día menos pensado sin despedirse de nadie, y mucho menos de su cara suegra á quien le dejó á su rubia pálida con un chiquillo moreno, de ojos negros, que según le dijeron fué el fruto del primer matrimonio de Adelita, y un huero de ojos azules que era su vivo retrato, aumentando la palidez de aquella desgraciada muchacha la miseria que les rodeaba, pues inútil para trabajar, sólo se mantenían en un inmundo cuarto de un arrabal, con lo que la madre conseguía ejerciendo la medicina entre las verduleras de la plaza y algunos vecinos infelices del barrio, con tal desgracia, que aunque pretendía hacer de corredora en asuntos de su antigua profesión, nadie quería ocuparla, y era despreciada hasta de las discípulas á quien hizo

BIBLIOTECA DE NUESTRO TIEMPO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
23 NOVIEMBRE

figurar, teniendo la pena de que su adorado Tranqui continuamente andaba barriendo los arbolitos, ó regando los paseos públicos, adonde debajo de un rebozo mugriento y roto le llevaba su bocadito sazonado en el callejón de Tabaqueros, sin olvidarse nunca de una tripa con su trago de chinguirito, diligenciando entre sus decantadas relaciones vestidos viejos, deshechos de calzado, y por último, una ración de la conferencia de la Purísima; pero en vano se afanaba, todos le huían como si fuera una fantasma maldita, le negaban todo, todas las puertas se le cerraban, y los que al lance sorprendía en la calle se hacían indiferentes, se sonreían con ironía, le volteaban la espalda, ó la socorrian con una maldición llenos de rabia, y no con menos y mucho más blasfemias, ella se retiraba desahogando su berrinche contra todos los que desatendían sus impertinentes quejas, no quedándole más esperanza en caso de que Adela se agravara, que conducirla al hospital, meter á los chicos al Hospicio, y hacer lo que su consorte, mitigar sus pesares y pasar sus últimos días en infusión de chinguirito, para lo cual estaba tan adelantada que pronto competiría con su acreditado maestro, su idolatrado Tranqui.



Canta pajarito, canta. ¿Dónde está la niña?